



Revista Cambios y Permanencias

Grupo de Investigación Historia, Archivística y Redes de Investigación

Vol.12, Núm. 1, pp. 72-81 -ISSN 2027-5528

Entrevista a Helena Uran Bidegain

Entrevistadores

Rosa Lidia Ruiz Soria y Christoph Singler

Entrevista realizada por correo electrónico; entrega de las respuestas el 26 de mayo de 2021



Universidad Industrial de Santander / cambiosypermanencias@uis.edu.co

Entrevista a Helena Uran Bidegain

Helena Uran Bidegain es autora de *Mi vida y el palacio. 6 y 7 de noviembre de 1985. La historia de Carlos Horacio Uran y la lucha de su familia por la verdad*. Bogotá, Planeta 2020.

En este libro - más que testimonio, de memoria – la autora cuenta el asesinato de su padre por parte del ejército, las múltiples tentativas emprendidas por la cúpula de las fuerzas armadas para silenciar este crimen y la itinerancia de la familia por países y continentes para escapar a las amenazas que se le hacen en Colombia. Finalmente, la familia obtiene el “reconocimiento oficial” de los hechos, más de veinte años después de producirse y cuando los altos mandos responsables ya no están. Para nuestro dossier la lectura del libro era importante porque Helena Uran reflexiona sobre cómo una niña – ella tenía 10 años en 1985 - crece y va construyendo su vida adulta con el peso de esta ausencia por un lado y por el otro, contra la injusticia e impunidad.

Rosa Lidia Ruiz Soria y Christoph Singler
Entrevistadores

Rosa Lidia Ruiz Soria y Christoph Singler (RLRS - CS): Luego de recibir la noticia de la muerte de su papá, su primera reacción es el aislamiento, un profundo sentimiento de soledad y de abandono – y hasta la escritura de este libro nunca más hay salida. Este silencio, ¿tiene que ver con el sentimiento de culpa con lo que soñó poco antes del asalto: su padre siendo atropellado por un autobús por culpa de usted?

Helena Uran Bidegain (HUB):

Siempre me pregunté cómo podía ser que precisamente poco antes de que mataran a mi papá yo hubiera tenido ese sueño. ¿Había sido un presagio? Me generaba mucha confusión y quizás culpa no haber advertido lo que venía, no haberle avisado a mi papá.

El silencio tenía que ver con ese sentimiento de culpa mezclado con la incomprensión de lo que estaba viviendo. Primero que me sacaran a mitad de la clase sin saber por qué, ver un tanque de guerra pasar delante de mi casa, saber después a mi papá pidiendo auxilio, el tiempo que estuvo él desaparecido, su ejecución, las amenazas, el exilio, la impunidad...

La profunda transformación que había sufrido mi familia, la impotencia, el miedo, la imposibilidad de hacer el duelo, la inseguridad que me generaba volver a vivir una situación de ruptura y pérdida, algo que en efecto pasó varias veces más. Era mucho por comprender y dimensionar siendo tan niña y me sumí en el silencio como mecanismo de protección. La falta de esclarecimiento y acompañamiento fomentó el silencio hasta la edad adulta.

(RLRS - CS): En su libro Ud. hace referencia a diferentes facetas del silencio ya sea como estrategia para silenciar las voces de las víctimas o en su caso como una forma de sobrevivir a tanto horror. Su madre también elige, en cierta manera el silencio para autoprotegerse ¿En su momento – usted, una niña de 10 años - como interpretó ese silencio?

(HUB):

Sí, el silencio puede tener diferentes connotaciones que responden a diferentes circunstancias.

El silencio no es necesariamente la ausencia de discurso, para mí está acompañado de significado.

Al principio, cuando yo supe que mi padre ya no estaba, sentí que el mundo tal como yo lo conocía, se había acabado. El silencio en el que me sumí fue parte de ese mundo retenido. Y cuando las cosas paran, cuando se suspenden, no generan ruido, sino silencio.

Al shock, le siguió el trauma, estado en el que las palabras simplemente no salían, no lograba articularlas y me sentía en un estado permanente de estrés y tensión. Todo el cuerpo permanecía constantemente rígido, quería anestesiarse mi cuerpo y mi corazón, inhibir cualquier emoción y no sentir para no sufrir. El silencio fue entonces el mecanismo que adopté para protegerme del terror que me generaba ese mundo exterior.

El silencio también iba relacionado al deseo profundo de que nada de lo que vivía estuviera realmente sucediendo, para mantener la esperanza de que mi padre volvería. El silencio manifestaba la negación que yo hacía de lo que nos había pasado. Si exteriorizaba mi mundo interior, si expresaba lo que sentía, significaba aceptar que mi padre ya no existía.

Creo que, si desde el Estado se hubiera dado otro manejo a los hechos y se hubieran realizado duelos públicos y colectivos, explicando lo que había pasado, dando el peso real al asunto sin querer negar su importancia histórica nacional, habría sido mucho más fácil para mí tramitar y entender lo que me pasaba a mí misma. Pero todo eso se censuró, se negó lo que habíamos vivido y después nos quisieron lejos del país.

(RLRS - CS): Hoy luego de conocer parte de la verdad de lo que sucedió ese 6 y 7 de noviembre y de enfrentarse a las preguntas de su hijo ¿Qué nuevos significados le da a ese silencio? ¿Encuentra que sus silencios - el suyo, el de su madre y sus hermanas - tienen diferentes tonalidades? ¿Cuáles serían?

(HUB):

El silencio siendo ya mayor de edad, tuvo que ver con tomar una distancia prudente de los hechos, con un silencio que me permitiría llegar hasta el punto en el que sería capaz de asimilar, tramitar y quizás (si eso es posible cuando no hay justicia) superar el hecho.

El silencio de mi madre está ligado también al manejo que el Estado y la sociedad les dieron a los hechos. Su manera de sobrellevar el dolor en silencio fue el que se adoptó en mi casa.

Es decir, tuvo que ver con un silencio impuesto. El estigma y el señalamiento si ella hablaba y levantaba la voz, el hecho de que nuestro dolor no era reconocido por la sociedad. Ella guardó todo eso en su corazón y lo silenció. Hablar tenía un precio muy alto, pero callar también lo tuvo.

Una vez fuera de Colombia mi mamá se refugió en su trabajo, sus libros, sus cátedras y creo que fue allí en lo que ella encontró la posibilidad (así fuera racional) de tramitar esa experiencia traumática de la violencia. Creo que las obligaciones, por sacar la vida adelante, no dieron después cabida para romper con el silencio que fue también producto del

agotamiento. Mis hermanas y yo imitamos el modelo de no hablar sobre lo que nos había ocurrido.

Cuando finalmente se abrió el caso en la justicia 22 años después, nos vimos obligadas a hablar un poco más sobre lo ocurrido. Fue un asunto con cierta atención mediática y eso le daba otra dimensión al ser compartido con otros. Los hechos de la toma y retoma del Palacio de Justicia en 1985 eran ahora entendidos por más personas y nuestra historia formaba parte de la memoria colectiva.

(RLRS - CS): Uno de los momentos más duros es un fragmento de su diario: “Tengo diez años pero la verdad yo ya no existo” ¿Cuándo sintió que volvió a existir? Cuenta usted su periplo desde Uruguay, Estados Unidos, España, hasta llegar a Alemania. El exilio, ¿contribuyó a este lento y doloroso renacer?

(HUB):

Siento que volví a ser yo misma, cuando finalmente dejé de reprimir y comencé a expresar lo que habíamos vivido. Cuando finalmente acepté mi identidad trastocada por la violencia política, me gustara o no, y dejé de sentir vergüenza o culpa por ello. Conocer la verdad y sentir el respaldo de la Corte IDH fue muy liberador. Creo que a partir de ahí fue posible la transformación.

El exilio siendo una niña me ayudó a apaciguar, hasta cierto punto, la sensación de miedo y amenaza constante, pero al mismo tiempo exaltaba lo diferente que era yo del resto, la soledad y las razones de estar en otro país eran para mí un peso muy grande.

Siendo ya adulta en Alemania, entré en el proceso natural del silencio, me refiero al de mirar con distancia lo sucedido, confrontar y aceptar que era víctima de la guerra, la impunidad y también del desarraigo y las múltiples rupturas provocadas por el exilio.

Todo esto para poder llegar unos años más tarde, también en Alemania, al punto en el que se es posible hablar sobre el horror vivido, darle nombre a esas emociones asfixiantes y dolorosas. Siento este tiempo final del silencio, como uno en el que las palabras se estaban incubando para finalmente salir y expresarlas a través de la escritura de un libro.

(RLRS - CS): Las preguntas de su hijo Manuel marcan un punto de inflexión en la decisión de contar su historia y la de su padre; pero antes de esto ya sea en su niñez o adolescencia ¿Existió el deseo de externar sus emociones, pero no así un espacio para hacerlo? O sucedió al revés ¿El marco estaba dado, pero no estaba preparada para hacerlo o simplemente no sentía esa necesidad?

(HUB):

No encontré el espacio para hacerlo y al no ser acompañada en ello ni siquiera lo intenté. Me daba mucho miedo y no sabía cómo hacerlo. Creo que, para poder expresar una experiencia de estas, un niño tiene que contar con las condiciones básicas como: no vivir entre verdades a medias, sentirse seguro, sentir que lo que le pasa le importa al resto, sentirse reconocido, estar acompañado, y no sentir rechazo o burla si lo hace.

(RLRS - CS): Manuel la interroga de manera clara y precisa sobre el “pánzer” de la foto ¿Esta pregunta obtuvo respuesta? ¿Logró usted contarle el “porqué” y “cómo” de la ausencia de su abuelo?

(HUB):

Ante la pregunta de Manuel respondí que sí, que ese “panzer” (tanque de guerra) había entrado donde estaba su abuelo. Preguntó entonces que ¿Quiénes eran los malos? Y le dije que los que quieren el poder, que sería también una de las explicaciones al porqué. Para explicarle el “cómo” todavía necesito más tiempo. Es una respuesta que da el libro, aunque él aún no lo ha decidido leer, pero que sabe que podrá hacer cuando él lo considere, pues el libro fue también escrito por sus preguntas.

El hecho de que el libro se publicara en medio de una pandemia y encerrados nosotros en un apartamento, no muy grande en Berlín, hizo que él escuchara algunas de mis respuestas a entrevistas sobre el libro. Así conoció él más detalles sobre lo sucedido con su abuelo, lo que vivimos como familia y por qué vivimos él y yo, hoy en tal o cual lugar, es decir, todo aquello doloroso que tuve que aprender a “cómo” contar para poderlo narrar en el libro. Ahora que él sabe más, es él quien quizás necesita la distancia de la historia y no siente que sea el

momento de adentrarse en las páginas del libro. La fase de la escritura del libro y lo que ha venido después ha sido muy intenso para él también.

(RLRS - CS): Después de la primera fase de encierro y autoprotección, hay también rebeldía contra un país - los adultos diríamos contra el Estado - que no hizo nada para proteger a su papá y su familia, todo lo contrario. ¿Rebeldía por falta de confianza? ¿Cómo fue la relación con amigas, amigos cuando todavía estaba en Colombia?, ¿aportaron ellos algo de alivio para restablecer la confianza en el mundo alrededor?

(HUB):

Cuando llegué a la adolescencia sentía la rabia/rebeldía propia de esa edad, pero sumada a una dificultad hacia Colombia en general. Contra el Estado por habernos hecho eso y contra la sociedad por habernos dejado solas. Sentía que ese país me había quitado a mi padre, nos había expulsado y nos había hasta quitado el derecho a reclamar y a nadie le importaba.

En retrospectiva creo que los amigos de mis padres estuvieron muy presentes durante los días de la toma y retoma del Palacio de Justicia. Y claramente existió un sector de la sociedad que siempre buscó que las cosas cambiaran para todos y que, además, así como mi familia pagaban unas consecuencias fatales por ello. Pero mi mundo escolar se mantuvo como si en el país nada hubiera cambiado y en consecuencia tuve yo que hacer lo mismo, negar mi propia vivencia. Fue muy duro retomar las clases escolares.

Hoy es para mí claro que estos hechos de la retoma del Palacio de Justicia, constituyen un trauma colectivo no resuelto. Es una sombra del pasado aún sin esclarecer y por ello la mayoría de la sociedad aún no ha entendido la gravedad y el peso que tienen esos hechos para todo el país. Con el silencio impuesto a todos (el pacto de silencio) se pretendía evitar el duelo público y con ello la indignación, la falta de empatía y de conexión entre nosotros como sociedad. Esa es la explicación que yo le doy hoy a lo que nos pasó como sociedad y otros simplemente no querían darse cuenta.

(RLRS - CS): A posteriori, ¿existía algo como empatía, o se tenía inhibición ante la víctima, miedo de relacionarse con usted y con la familia?

(HUB):

Hubo casos concretos de amigos cercanos de mis padres que, por supuesto, sintieron empatía porque conocían bien a mi padre. Sabían la injusticia que se había cometido y lo entendían como una amenaza hacia ellos mismos. Pero también recuerdo el caso concreto de un cura amigo de mi madre. No lo menciono en el libro. Él le entregó a mi madre una carta (1985) y le pidió que no la abriera hasta haber llegado a Uruguay. En la carta decía que le recomendaba mucho que no regresáramos a Colombia, porque a mi padre no lo había matado una bala perdida, como decían las fuentes oficiales, sino que lo habían asesinado. Cuando regresamos a Colombia, mi madre quiso indagar más y le preguntó qué era lo que él sabía, el cura se alejó de ella y negó incluso que la carta fuera suya. También recuerdo el caso de un muy buen amigo de mi padre, otro magistrado del Consejo de Estado, que junto con su familia nunca volvió a tener contacto con nosotras y nunca quiso entregar su testimonio. Finalmente logré hablar con él cuando realicé la investigación para mi libro. No sé si hubo otros casos de personas que sintieran miedo de estar cerca a nosotras. Siendo niña quizás no fui consciente de eso.

(RLRS - CS): ¿A partir de qué edad usted aconsejaría la lectura de su libro? ¿Podría usted imaginar una versión de su texto para niños? ¿No sería una incitación para dudar de las instituciones de la nación?

(HUB):

Creo que mi libro tal cual está ahora contiene apartados que solo serían posibles de entender para niños mayores de 16.

A pesar de haber sido mi hijo quien me llevó a escribir mi historia, él mismo no ha sido aún capaz de leerlo, aunque ahora conoce mucho más de los hechos. El decidirá cuándo es el momento adecuado. Supongo que no es un libro que invite a leer a un niño de su edad tal y como está escrito.

Aunque cuento la historia desde mi experiencia de niña, el libro contiene un lenguaje de adultos. Creo que un niño no tiene aún las herramientas para abordar un libro de estos, así

como yo no las tenía para vivir lo que me tocó. Creo, sin embargo, que los niños sí deben ser involucrados, pues ellos son parte de la sociedad. De hecho, contar estas historias a los niños es una oportunidad para hablar sobre las cosas que se han hecho mal o bien y que los niños mismos reflexionen sobre como creen que debería ser.

Sí me imagino muy bien una versión para niños de mi libro y de hecho me parece necesario. Si yo misma decidiera ahora escribir una versión infantil, u otra persona lo hiciera, debería tener siempre en mente la función mediadora del narrador entre el mundo infantil y los hechos. Mi hijo Manuel sería entonces quizás el primero en leerlo.

Creo, además, que muchos niños se reconocerían ahí y podría ayudarles a expresar su angustia si les ha tocado vivir circunstancias parecidas. Creo que a mí me habría ayudado mucho haber tenido un libro que me contara siendo una niña la experiencia de otro niño con un sufrimiento parecido. En Colombia hay hoy sin duda muchos niños con tragedias de éstas auestas. Y el problema de Colombia ha sido precisamente, por un lado, no conocer, ni hablar de su propia historia y, por otro, dejar a las víctimas solas y sin las herramientas para tramitar el dolor. Por otro lado, no considero que el libro sea una incitación para no creer en las instituciones, sino al contrario, puede llevar a entender por qué es tan importante que funcionen bien.

Mi impresión es que en Colombia muchos niños y adultos no conocen cómo debe funcionar un Estado de Derecho con sus tres poderes, cuál es la función del ejército, cuál de la policía, qué debe investigar la Fiscalía, la importancia de los defensores de DDHH y periodistas independientes, etc. Creo que falta mucha más reflexión, por ejemplo, sobre cómo ignorar los hechos nos convierte en cómplices y por qué una injusticia cometida contra una persona es también una amenaza para la paz de todos. Mi impresión es que muchos no conocen cuáles son sus derechos y deberes dentro de la sociedad.

Opino que mi libro puede ayudar a entender esto a través de nuestra historia, pero, sobre todo, mi libro puede ayudar a reactivar la empatía con el que sufre. Puede promover que nos reconectemos unos con otros, que no se acepten o naturalicen actos degradantes y violentos. El libro contribuye a que se restablezca lo que la guerra nos ha quitado como sociedad, a tejer redes y restablecer la solidaridad. Es algo que he constatado en la reacción inesperada de

muchas personas, que me buscan, después de leer mi libro. Por eso creo y siento que mi libro más que un reclamo y una demanda, es un aporte a la democracia.

(RLRS - CS): ¿Desde su punto de vista y habiendo realizado un largo recorrido por más de treinta años desde la toma de Palacio, ¿cuáles serían los caminos para reestablecer la dignidad robada? En otras entrevistas al referirse a su padre plantea que este tenía - entre otras - la fuerte convicción que los sectores populares debían involucrarse en la construcción del país. ¿Cuál es el rol de los niños en la reconstrucción de un país post-violencia?

(HUB):

La dignidad robada es posible de restablecer si se conoce la verdad, si la comunidad reconoce, reprocha y condena los actos que convierten al que sufre en víctima, si al alzar su voz su reclamo es escuchado.

Para mí los niños tienen un rol determinante en la sociedad, en cuanto a que es en la infancia donde se van fijando ciertos valores como el valor de la vida, el valor de la justicia, el de la verdad, el respeto y tolerancia, la bondad, la compasión, la generosidad. Todos estos valores nos hacen más humanos, y nos lleva a tramitar las diferencias a través del diálogo sin tener que llegar hasta la violencia. Desde pequeños los niños aprenden a integrar o segregar, competir o ser solidarios, a amar la vida y la paz o solucionar los conflictos con violencia y guerra. De hecho, los niños desde pequeños, siempre preguntan por los buenos y los malos para entender el mundo y aunque no siempre es tan fácil de delimitar, sí es posible enseñar que todos (sin excepción) merecen respeto y ser tratados con dignidad.

(RLRS - CS): ¿Considera a la literatura infantil un espacio para romper con el ciclo de violencia aun existente en Colombia? ¿Cuál sería el sentido de narrar estos hechos violentos a los niños y jóvenes?

(HUB):

La literatura infantil, así como la literatura en general, permite no solo conocer, sino también reflexionar, entender el mundo que nos rodea y darle un sentido. En algunos casos la literatura reivindica o asume incluso el rol que debería ser asumido por el Estado. Por ejemplo, dando voz y haciendo visibles historias ocultas, haciendo justicia a través de las letras para aquellos que solo conocen la impunidad, rescata lo que en otros ámbitos se les niega como vivido, despierta emociones y ayuda a entenderlas, toca tabús y rompe silencios, se impone al olvido. A los niños les puede dar herramientas para confrontar el mundo que los adultos construyen y a ellos les toca vivir o sufrir.

Son muchas las personas que me han buscado después de leer mi libro y me cuentan de la pérdida de su padre o experiencias traumáticas en sus vidas por cuenta del conflicto armado. Me comparten cómo mi libro los ha tocado, porque encuentran en él también su historia. Yo siento eso como el mayor logro de mi libro. La literatura puede aportar para romper con el ciclo de violencia aun existente en Colombia al convertirse en un marco social de reconocimiento para las víctimas y quienes sufren.

Narrar estos hechos a los niños en un lenguaje apropiado, es importante, porque al igual que a los adultos, les da herramientas para reflexionar y entender el mundo que viven, sean o no sean víctimas de la violencia. No creo en la muy difundida idea de que los niños no se dan cuenta de las cosas que pasan a su alrededor, o que se adaptan más fácil a las adversidades. Y porque no creo en eso, creo que la literatura infantil es una herramienta maravillosa para que los niños no se sientan tan solos, puedan reconocerse a través de las historias de otros, sensibilizarse con el otro y que puedan entender el mundo que les toca vivir, expresar lo que sienten, lo que es importante y lo que es superficial, lo que les afecta y lo que les hace felices. La literatura infantil es importante porque puede animar a que los niños hablen sobre sus experiencias y así evitar que sus voces sean silenciadas.

No conocer los hechos no permite tener una identidad clara ni mucho menos forjar un futuro distinto. La literatura infantil, en la que se narran historias de dolor y violencia desde la perspectiva del que sufre, puede también ayudar a sentar unas bases morales sobre lo que es correcto y lo que no, lo que es tolerable y lo que no, para que cuando el niño lector sea joven o adulto, no crea que la guerra es el orden natural de las cosas.